

Momento 1

En mi mente podía crear una imagen perfecta de ella. Es raro que una persona se te quede grabada tan rápido, apenas la vi cinco minutos y ya había impregnado todo mi ser con su belleza; y es que, podrá sonar surreal, pero yo a su alrededor veía un haz de luz celestial, todo en el ambiente me trataba de explicar que ella era especial.

Habían más de cien personas en el lugar, todas viendo un espectáculo comunal por el día de la madre. Por encima del mar de cabezas sentadas apreciando tal evento, estaba ella, despreocupada, con la mirada puesta en su celular, recostada en una vieja pared de una famosa casa, ahí estaba.

Era como una diosa griega, una maravilla de la vida, alta como ninguna otra mujer, blanca como las nubes, de pelo negro, y un cuerpo que haría suspirar a cualquiera que la viera. Me intrigaba saber que es lo que leía tan juiciosamente en el celular, o bueno, eso es lo que me imaginaba que estaba haciendo, puesto que no scrolleaba ni escribía.

Tenía el aspecto de aquellas mujeres que llegan a tu vida a mejorarla, de esas mujeres que interesan, que son un mar de conocimientos, esas mujeres que tienen un pensamiento crítico tal que no cualquiera la hace dudar de lo que habla. Ruda e inteligente, así la miré.

Yo estaba ahí acompañando a mi abuela, una señora cascarrabias que ama ver ese tipo de eventos, o eso dice ella para disimular el hecho de que va a esos espectáculos solo para ver que información recolecta de otras personas para llegar a informarnos a todos en la casa. Creo, esa es una etapa de la vida, el ser tan viejos para crear nuevas historias, los orilla a buscar en otras personas ese rompimiento a la monotonía de la vida.

— Jah, ya ves lo que te decía, la hija de los Rodríguez ya está embarazada, sí ya decía yo que más de alguno la iba a embarazar, la última vez bajo bien agarrada de la cintura de aquel hijo de Don Mateo, sí, aquel que solo borracho anda... — decía mi abuelita con la prosa apropiada.

— Sí abuela, sí, siempre usted tan perspicaz — contestaba yo con aires de sarcasmo.

Mi abuela siguió hablando, y es que esa señora era una cotorra a más no poder, alguien del pueblo le decía hola y esa era su perdición, tenían a una señora de más de 70 años informándoles de los más recientes chismes, claro, siempre condimentando tales chismes con un poco de su huerto, un poco de hipótesis acá, un poco de “yo vi que hizo esto”, todo bien armado y entrelazado con un “yo pienso que”.

No importando todo el bullicio que había en el lugar, no podía dejar de voltear a verla, ahí estaba ella, tranquila, rebozante de divinidad. Y es que estábamos muy apartados, yo estaba al lado contrario de donde ella se encontraba, pensé en dejar por un momento a la representante más senil de la oratoria chapina, y justo cuando me convencí de hacerlo, aquella celestial mujer ya no se estaba.

Volteé a ver a todos lados, esperando encontrarla caminando hacia algún lugar en la lejanía y nada, como una grata ilusión en este desierto de la cotidianidad, ella desapareció en un halo de incertidumbre. Como un espejismo, logró reconfortar aquel soporífero momento.

Días, años, e incluso un lustro pasó, y no voy a decir que pensé en ella, ¿por qué habría de hacerlo? Si ni le hablé. Sin embargo, habían momentos en que la lograba ver dibujada perfectamente en mi mente.

Noches, gozando de las mieles del sueño, logré divisar su aspecto. Me arrepentí de no llegar a hablarle, fue una de las malas decisiones que siempre persistieron en mi subconsiente. Aunque ni el saludo me hubiese respondido, yo con solo escuchar su voz hubiese sido feliz. Y es que la vida va cambiando, y uno a duras penas logra hacer una variante en su forma de ser, y eso lo sé muy bien, porque ella está al otro lado de la biblioteca donde estoy y yo sin saber que hacer.